



La péyade del derecho a la educación

● José Israel González B.
Trabajador social. Nuevo Horizonte
ocavita@yahoo.com

En el estrecho patio rumba el recreo; niños y niñas charlan, con sus morrales a la espalda, comen, comparten, bostezan y corren en un ambiente de camaradería; se funden en secretos, gestos, tensiones, sueños y empujones donde los adultos no contamos mucho, y que se nos hacen invisibles, porque lo esencial es invisible a los ojos, como decía el Principito, el inolvidable personaje de Saint-Exúpery.

¿Es tan invisible lo esencial?

Una vez realizada la atención colectiva, se pasa a lo individual. Allí, la heterogeneidad impide la educación masiva, y cuestiona la pretendida homogeneización adulada por el discurso de los estándares curriculares.

Dolores, por ejemplo, llama la atención ante el estropeo brutal de sus padres, causado porque la madre llegó de trabajar y no encontró lista la comida. La llorosa niña, alega: “¿Cómo le hacía la comida, profe, si ella no me dejó con qué?”

Justiniano aduce que no es ecuánime que lo envíen a coordinación, pues la tarea no la hizo por falta de tiempo. Su padre, que no vive con él, le asigna la recolección de 5.000 pesos en un semáforo o en algún improvisado parqueadero. Luego, debe llevar el dinero a la mamá, para que ella haga de comer.

Pasión explicita su desinterés, puesto que está embarazada, y su proyecto de vida tiene como techo conseguir una compañía, lograr que le suministren alimentación –si no a ella–, a “ese nuevo ser que no tiene la culpa de nada”; abogando implícitamente por el respeto como mujer.

Dormitila llega a dormir sobre el pupitre, pues asiste obligada al colegio; éste no le gusta, pues en la calle la pasa chévere pegándose sus “elevaditas” con las colillas de *maracachafa* que le pasan, asunto sobre el cual, su madre, cabeza de familia, no tiene mucho conocimiento. Es mas, se resiste a creerlo, porque intuye que eso que le cuentan las vecinas sobre las andanzas de la niña es “puro chisme”.

A Bolívar le encantan las maquinatas, ahorra monedas para jugar en la tienda; pero ha sido claro al manifestar que si el colegio



tuviese un computador para cada estudiante, o al menos, para él solo, el problema ya no sería para el acceso sino para sacarlo todos los días del aula, ya que así estudiaría con “berraquera”.

Campos se muestra muy confundido, de una parte, porque está recién llegado de Borbur, Boyacá, lugar que abandonó su familia por amenazas de grupos armados, ante lo cual se identifica como desplazado. De otra, al parecer lo más que lo afecta, porque en un *jeanday* no supo bailar al estilo cívico, lo que le acarrió la discriminación, el estigma, la burla y la exclusión.

Plácedes viene a clase cuando quiere: es decir, en los momentos en que no hay tareas, cuando hay *jeanday*, el día en que los estudiantes salen más temprano, o sencillamente, cuando no hay más que hacer.

Mardoqueo es un niño que no tiene amigos en el salón, porque para él todos son “nenas”. A Mardoqueo le gusta estar con los adultos, es decir, con jóvenes de la pandilla, con “hombrecitos” y no con “chinitos” que por cualquier cosa dan quejas. En esas aventuras ya fue detenido por la policía, durmió un fin de semana en la 30 con 12, y al decir

de un tío “lo cogieron con las manos en la masa”. El tío firmó la fianza, por ausencia de los progenitores, para que Mardoqueo fuera puesto en libertad. Dicen algunos, que en la jerga del Código del Menor, a los casos como el de Mardoqueo se les llama “de menores infractores”.

Marina, Francisco, Gildardo, Augusto y Nancy son bellas personas, no molestan para nada, si uno les dice que se paren ellos lo hacen, si la “profe” les pide un favor, ellos no se niegan, pero su rendimiento académico es cada vez más escaso. Lo escualido de sus cuerpos y lo pálido de sus rostros evidencian un estado de desnutrición agudo. Empero, hacen ingentes esfuerzos por nutrirse mentalmente, pero la debilidad física se los impide.

Debería seguir enunciando la situación de cada estudiante del curso, todos inteligentes, inquietos y creativos, para mostrar como los niños, niñas y jóvenes beneficiarios del Derecho a la Educación, están lejos de sentirse sujetos de la misma, porque las penurias del diario vivir los asfixian, les trastocan el pensamiento, les quebrantan las emociones y los obligan a ser ellos mismos, a pesar de la escuela. ●